UN RINCON EN EL MUNDO

(Cuentos por MANUEL ALONSO ALCALDE

POR detrás de la fábrica de guano, había una cala con rocas y un retazo de playa; aunque el terreno formaba parte de los dominios de la factoría, nunca había sido acotado, ni en realidad hacía falta, ya que a nadie se le ocurriría jamás ir a bañarse en un sitio donde el mar se mostraba siempre sucio, con extensos mapas de grasa de reflejos azules y verdes; la arena y las piedra aparecían cubiertas de sedimentos ocres que hedían a pescado podrido, y no soplaba ninguna clase de brisa, sino un aire pesado en el que las gaviotas volaban a ras de las olas y chillando, como si de un momento a otro fuera a desencadenarse el temporal.

(En el centro de la población, a seis kilómetros de allí, alguien acababa de pegar en una tapia el afiche publicitario de una playa de moda, que representaba a una hermosa bañista con gafas de sol y bañador rojo, recostada sobre una limpia y lisa arena, bajo una sombrilla de gajos de colores, mientras, en un ángulo, se veía el mar, salpicado de balandros y snipes, y, en el otro, una alegre montaña verde, cruzada de senderos y moteada de chalets.)

En cambio, Esteban acudía diariamente a la ensenada. Moraba cerca de la fábrica, en una casamata abandonada, de cuando la guerra, y, para él, el Universo entero olía espesamente a guano. Por las mañanas, al bajar la marea, se encaminaba hacia la playa, provisto del morral, de los aparejos y un bote de conserva para la carnada, y se ponía a buscar lombrices. Rociaba con sulfato de cobre las lajas manchadas de verdín, o bien removía las piedras donde acababa de retirarse el agua, arañando con un hierro en la arena, o se descalzaba y entraba en el mar, remangados los pantalones, a coger muñecón en el limo. Luego trepaba a una peña saliente como un promontorio que existía en aquel lugar, cebaba los anzuelos y comenzaba a lanzar el volantín y a halar de él; y seis horas más tarde, aún continuaba volteando el chambel y cobrándolo; y la gente que circulaba por la carretera ni se fijaba en la blusa de Esteban, una mancha roja en lo alto de las rocas, siempre en el mismo sitio, todos los días del año, como si nunca se moviera de allí.

(En el escaparate de una tienda de artículos de pesca, había una fotografía del ganador del último concurso mediterráneo de caña de lanzar; por la actitud que presentaba con su visera de plástico, su cazadora de hule y su abierta sonrisa, se comprendía fácilmente que las personas que practicaban esa clase de deporte, podían no sólo disfrutar momentos de sana y despreocupada alegría, sino incluso llegar a conquistar un trofeo internacional, como el que se mostraba en la foto.)

A mediodía, llegaba la mujer con una cesta; hacía lumbre en un rincón, al abrigo del muro trasero de la fábrica, y calentaba la comida; luego, llamaba a Esteban y éste se acercaba a comer, y, cuando terminaba de hacerlo, volvía a su roca, mientras la mujer se quedaba a hacerle compañía en la playa, cosiendo, a pesar de que el mundo trascendía también para ella a desechos de pescado podrido, no a ropa limpia conservada en un cofre, entre membrillos. Y eso que cuando se casaron, veinte años atrás, llevaba ella un ramo de flores en los brazos, y Esteban, que acababa de salir de la peluquería, olía a masaje facial y colonia.

(En la portada de una revista femenina aparecía un matrimonio de pescadores. El remendaba las redes, con la cachimba en la boca, mientras su mujer hacía lo mismo con una camisa; pero, desde luego, ambos denotaban, sin dejar lugar a dudas, por su aspecto, que formaban una pareja feliz, con barca propia, muchos hijos y un montón de ropa blanca, guardada en el baúl, en su alcoba.)

De muchacho, Esteban navegó en un mercante de los que transportan cargamentos de naranjas, que no olía a gasoil como los otros, ni tampoco a abono de pescado, sino a flores de azahar, lo mismo que si llevase una recién casada a bordo. El barco recalaba en algún puerto de Noruega o Dinamarca, y mientras cruzaba el Mar del Norte, haciendo sonar la bocina por causa de la bruma, parecía como si ésta nunca se cerrase del todo, ya que el perfume de la fruta era como un rayo de sol que se colaba por entre la niebla. Ahora, sin embargo, el pescador vivía envuelto en un hedor espeso, como si habitase con su mujer en una isla perdida en el último rincón del mundo.

(En la Oficina de Turismo, había un cartel de las Islas Haway, con palmeras, bungalows, y nativas de largos cabellos, que colgaban del cuello de los visitantes fragantes cadenas de flores).

La vida había dado muchas vueltas desde que Esteban navegaba en el carguero, tantas, como para haber envejecido y que ya no le quisieran en ningún barco, y tener que pasarse seis horas diarias, de marea a marea, con el hilo en la mano, para poder comer, aunque, eso sí, podía sentirse tranquilo, ya que sabía que nadie le disputaría jamás su ensenada. El desagüe fluía de la fábrica al mar por un arroyo, que se abría camino entre la arena; no azahar ni naranjas en la isla de Esteban, sino sólo un líquido turbio y lechoso que atraía al pescado.

(En el cine Majestic daban una película documental submarina: los peces iban y venían por el agua transparente del fondo, como si volasen por un cielo de acuario; las burbujas ascendían hacia la superficie como chorros de globos; las algas, se mecían, y entre los peñascos, florecían anémonas y erizos).

Pero Esteban y su mujer seguían amarrados a su cala, como una pareja de náufragos abandonados en el último rincón del mundo.

EL AUTOBÚS

EL no se quejaba de la vida, sino del autobús. Y tampoco de su autobús precisamente, sino del universal platónico de esta clase de monstruos pintado de rojo. Por qué Germán odiaba los autobuses. No el que él tenía asignado, sino cualquiera de los que se alineaban durante la noche en la cochera de la Compañía y en todas las cocheras de todas las Compañías de Autobuses del mundo. Un auténtico problema escolástico atornillado en alguna parte de su cerebro de conductor, debajo del kepis gris, 312, del uniforme. Germán no lo explicaba así, desde luego. El no hablaba de Gallni de sus localizaciones cerebrales, pero sentía su rencor como una idea fija, aunque no dejaba de reconocer que su autobús, el que él llevaba desde hacía doce años, no tenía la culpa de nada. Al fin y al cabo el autobús y él habían envejecido juntos, kilómetro a kilómetro, y esto no podía ser olvidado. Cuando se lo dieron era completamente nuevo, con los embellecedores rutilantes y la pintura como un espejo. Ahora, en cambio, parecía una ruina y los bulones le sonaban lastimosamente y hasta jadeaba en las cuestas. Pero tampoco Germán era el de antaño. Sobre todo desde que empezó con lo de la bronquitis, 34.560 horas con las manos sobre el volante. No. En absoluto. El autobús no tenía la culpa. Al contrario. Germán sentía hacia él una especial ternura, semejante a la que le invadía al mirar a la Paula, su mujer, que ya no era ni sombra, con los pechos caídos y edemas en los tobillos, de lo que fué en sus tiempos, cuando la llamaban «la Greta» y uno se sentía importante llevándola cogida por el brazo. Germán y su autobús. Como que él no comprendía que pudiera ser de otro modo. Un año antes, la Empresa adquirió cinco «Leylands» nuevos, chatos, con embrague automático y calefacción interior, y el gerente mandó aviso a Germán y le mostró los coches y dijo:

—¿Le gustan?

Y él:

—No están mal.

—Pues uno es para usted. Elija.

Pero Germán no quiso elegir y se quedó con el que ya tenía, y el gerente movió la cabeza *desconcertado*. Porque el hombre lo hacía pensando en la bronquitis del 312. Ignoraba el gerente que Germán no se quejaba de sus bronquios ni de su autobús, sino de todos los autobuses del mundo. Y no por nada, puesto que él era conductor y no albañil y su misión manejar el volante, no colocar ladrillos. Sólo que la existencia podía haber estado organizada de otro modo. Porque lo que le sacaba de quicio a Germán era la campanilla que llevaba colgada encima de su cabeza en el techo y que el cobrador hacía sonar a cada instante. Un golpe para, dos arranca, y «Vámonos, Germán», y primera y segunda y directa y para y vámonos, y otra vez primera y segunda y directa y más campanillazos, y así un día y un mes y un año y doce años y 4.560 horas. De este modo, minuto a minuto, era como había ido naciendo en Germán aquel odio abstracto que sentía como clavado en alguna zona de su cerebro de conductor. Su mundo el parabrisas, el salpicadero, la rueda del volante, la vieja bocina, mec, mec. La ciudad ni siquiera la veía. Unicamente guardias, semáforos, discos de parada, viajeros, y primera y segunda y directa, y para y vámonos y mec, mec, y la campana taladrando continuamente sus oídos, y al final de trayecto cinco minutos para beber un vaso donde Dimas y otra vez al asiento y primera, y segunda, y directa. Al término de la jornada, volvía a su casa, y la Paula, que ya no era «la Greta», le ponía la cena y él cenaba, y después se acostaba y dormía. Pero dentro de su cabeza, señalada con el 312, el timbre seguía machacando. Y la voz de su compañero, el cobrador, también: «Para, Germán. Vámonos, Germán. Aguanta, Germán».

Un día, sin embargo, la campanilla sonó como siempre, netamente, como un trallazo, pero Germán no pisó el freno y el cobrador gritó:

—Para.

Pero Germán no atendió la orden y el cobrador corrió a codazos por el pasillo y le tocó en un hombro.

—Venga, páralo ya. ¿Es que te has vuelto loco?

Germán continuó la marcha, sin embargo, y la gente comenzó a protestar, y Germán no oprimió el freno por eso, sino que apretó dulcemente, por primera vez dulcemente y a fondo, el pedal del acelerador. A sesenta. Rió y al verlo una vieja con velo se puso a chillar. Un guardia alzó la mano blanca y el autobús pasó rozándole y el silbato quedó detrás pitando.

Germán sacó su brazo y dijo adiós al guardia, porque se sentía contento, y el autobús quizá también, puesto que desde su juventud no había vuelto a alcanzar los ochenta. Ahora ya no eran calles ni guardias, sino una carretera flanqueada de castaños. Y el autobús volaba y habían dejado de trepidarle los bulones. Y el cobrador alzó los hombros y se puso a contar la calderilla. Un hombre con abrigo gris preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre?

Y el *cobrador respondió con un gesto* ambiguo, porque a él en realidad le daba igual. Pensaba en el gerente y en lo que diría al enterarse, y contaba su calderilla y sonreía de oír chillar a la vieja *del velo. Pero él era un cobrador, no* una azafata, y en sus obligaciones no estaba la de tranquilizar a los viajeros.

El motor produjo un ruido extraño, como las aspas de un molino. Un médico que llevaba el *billete cogido con la punta* de los dedos, pensó: «Embolias». Y el coche se detuvo y Germán llenó los pulmones de olor a gasolina y volvió la cabeza y dijo:

—Avería.

Los viajeros empezaron a descender, muy nerviosos, mirando al conductor de soslayo. Pero éste había reclinado la nuca en el respaldo y sonreía con benevolencia.

Una hormiga en la óptica

NO se canse, doctor. Sólo veo animales en el test de Rorschach: Mariposas, murciélagos, osos, águilas sin cabeza. Pero lo curioso es que tengo la impresión de que ya he contemplado esas imágenes antes de ahora. Como que hace tres años que no veo otra cosa que animales. Hasta en sueños. Toda clase de insectos, y perros, y pájaros y toros. Una pesadilla continua. Salvo que lo daría todo por bien empleado si no volviera a repetirse lo de anoche. Lo de anche no, por favor. Estoy dispuesto a no quejarme más, a condición e que no se reproduzca mi último sueño. No me importaría que usted no me curara, doctor, si me proporcionase algún medicamento que me permita continuar indefinidamente en vela. Tiene que haber alguna droga así. O, si volver a dormir. Nunca. Ni aunque viviese otros cincuenta años. ¿Sabe usted por qué causa? Porque me aterra que pueda repetirse lo de anoche. No lo soportaría.

Soy bien digno de lástima, doctor. Un pobre enfermo. Sin un día de sol, ni los días de sol siquiera, que me aligere el corazón. Me aconsejaron: «Salga usted de paseo. Váyase al campo». Pero resulta que el campo me produce una especie de angustia. Todo, incluso los árboles, los más verdes, los de caramelo de menta, esos de la orilla del río. Especialmente cuando mecen sus copas, que se mecen como una cuna y nana, nana, pero no me alegran el corazón como los niños. Al contrario, toman aspectos raros, perfiles de animales contorsionados y terribles, picos, alas. Siempre los animales. Por todas partes por donde voy. Y, desde luego, el campo en primavera tiene un lustre de fruta recién cortada, con su polvillo y todo, pero no para mí, doctor, y me resulta imposible atender al consejo. *Por eso me refugio en mi* cuarto y mi mujer, la pobre: «Antonio, Antonio», siempre Antonio y sus lágrimas. Y «antes él no era así». Se lo dice a todo el mundo, a las visitas, al del contador de la luz, hasta al lechero: «Antiguamente no era así mi Antonio». Naturalmente. Pero es que entonces no padecía alucinaciones. Ni soñaba tampoco más que con su tienda o el coche u otras cosas igual de maravillosas y corrientes.

Yo reconozco que mi mujer tiene razón y que he cambiado completamente de carácter. Antes yo era la mar de sociable y hasta supongo que simpático. En las fotografías salía siempre sonriendo, con una sonrisa abierta y deportiva. Pero ya hace tres años que dejé de reír. Mi vida es una cosa triste.

Tengo una tienda de objetos de óptica. Un día encontré una hormiga en mi establecimiento. Una hormiga, fíjese. En un local como el mío, tan escrupulosamente limpio, donde se prodigan el cristal y los niquelados. Habría entrado por debajo de la puerta. O quizá vendría de los tiestos de geranios, dije yo. ¿Y sabe lo que hice? Aplastarla sencillamente con el dedo y soplar su cadáver y al suelo, como una mota de tabaco. Pero desde que aplasté a aquella hormiga..

Anteriormente, de niño sobre todo, había matado muchas, y pájaros y grillos además, y *nunca me sentí preocupado* por ello. Yo veraneaba en un pueblo y salía a cazar pájaros con liga y grillos. Orinaba en el agujero y el insecto salía, y si era grillo lo encondía en el bolso para *mis jaulas, pero si resultaba grilla*, como no cantan, la despachurraba con el tacón tranquilamente. Otras veces me entretenía destruyendo hormigueros. Pulgarcito con las botas de siete leguas de montaña en montaña, pisoteando los huevecitos puestos al sol. Y, dentro, había hormigas, y estarían aterradas: Un gigante, peligro. Y a lo mejor, tocarían a generala y sus soldados se atropellarían hacia la puerta a buscar una muerte heroica, no estúpida, estúpidamente aplastadas por mi suela. Un capricho de Pulgarcito. Millones de hormigas debajo de mis suelas, con su vida y su grano de trigo y su brújula para regresar al hormiguero. Y también mantis, escarabajos, mariposas blancas, amarillas, azules. Pero, ya ve, nunca sucedió nada hasta que pasó lo de la tienda. Y era una hormiguita de ciudad, no de esas gigantescas del campo. Pues, desde entonces, los animales me persiguen. Todos los animales que yo he matado absurdamente. Demasiado castigo por una sola hormiga, ¿verdad?

Sin embargo, nada me importaría si estuviera seguro de que no habrá de repetirse lo de anoche. ¿Sabe lo que soñé, doctor? Pues que los animales también tenían alma. Como la nuestra, con su gracia inclusive. Y las hormigas, los gorriones, los perros, todos los animales tan tontamente asesinados, iban subiendo al cielo, a la mano de Dios. Detrás subían las almas de los hombres. Y el Señor tomaba *con sus dedos las hormigas*, las mariposas, los lagartos y las soltaba dentro de la Gloria. Y los animales zumbaban y piaban en el aire. Pero al oír las almas de los hombres, fruncía terriblemente el ceño. Y cerraba la puerta. Nos cerraba la puerta, doctor.

Mujer sin nombre

DE muchacha tocaba el piano, bordaba y matizaba. No estudió una carrera porque había nacido con medio siglo de anticipación, pero en cambio fué capaz, durante cuarenta años, de pasarse cinco horas cada tarde en el mirador viendo cómo atardecía en la calle y también, poco a poco, en su alma. La vejez le sorprendió sentada precisamente en el mirador, con su cinta del cuello y sus zapatos de trabilla. Había aprendido a tocar en un Marion de dos candelabros y, sin embargo, lo primero que vendió fué el piano. Luego, los floreros y la plata. Después, la consola y la cama de barras doradas con boliches, y, a última hora, el piso, mirador incluido. Entonces alquiló una habitación con derecho a cocina y entró a vivir en ella, y seguía llevando su cinta y sus zapatos de trabilla. No entendía de flores, pero en su juventud las había dibujado con la aguja muchas veces, y era lo único con lo que en cierto modo se seguía sintiendo vinculada. Así que se puso a vender crisantemos en el cementerio. Depositaba la cesta sobre su regazo y se sentaba, como antaño en el mirador, con la cinta en el cuello, y un velo en la cabeza, cinco horas cada tarde a la entrada del cementerio, y su soledad empezó a oler con un perfume soso, como los crisantemos. Se llamaba Joaquina, pero lo mismo podía no haber tenido nombre, puesto que no le servía para *nada, ni nadie volvería a pronunciarlo* nunca más. La dueña del cuarto con derecho a cocina, decía simplemente «esa señora», y la gente, la que compraba ramos, ni señora: nada: cogían las flores, pagaban y se iban. Joaquina hubiera podido procurarse un gato, otras viejas lo hacen, pero no lo tenía. Estaba absolutamente sola y ni siquiera disponía ya de un nombre. Sus flores amarillas y malvas, la cinta en la garganta y el velo. Lo justo para seguir existiendo y ser algo más que una sombra. Allí le prohibieron que siguiera usando la cinta, *porque en el uniforme color café de* la Institución no estaba previsto esa clase de adornos. Cuando fueron a rellenar su ficha le preguntaron:

—¿Cómo se llama usted?

Y la mujer no supo decirlo porque llevaba mucho tiempo sin oír su propio nombre, recordadlo: Joaquina, y había llegado a olvidarlo; como también su edad, el lugar de su nacimiento y la razón de continuar viviendo.

No dejaba nada detrás y carecía de futuro. En el Albergue no había miradores, sino pasillos largos que olían vagamente a galleta, *suelos de baldosas relu*cientes, maceteros con calas, y, por la noche, camas alineadas, y, a todas horas, gente, extraña, viejos absolutamente extraños que habían sabido lo que era tocar «Para Elisa» al piano. Y Joaquina sin su mirador, su cinta y su velo, se convirtió definitivamente en lo que era ya casi, una sombra, y murió, y la olvidaron, y se puede *hacer caridad de mu*chos modos, incluso pronunciando por tres veces su nombre: Joaquina, Joaquina, Joaquina.